
presentación

IX

Este número de Arbor es el resultado de una serie de felices coincidencias que, sin una idea premeditada, parece que se pusieron de acuerdo para sacar adelante un tema que, pese a la visión peyorativa que durante mucho tiempo se ha tenido de él (la espiritualidad tuvo en muchos ambientes un profundo olor a rancio), no cabe duda de que en los últimos tiempos ejerce una atracción irremediable, no circunscrita exclusivamente a los creyentes.

Desde que comencé a trabajar en el mundo del arte religioso y casi simultáneamente en el de la reflexión teológica, me di cuenta de la incomunicación que existe entre ambos, me refiero al nivel de investigación y divulgación, indudablemente con honrosas excepciones, que impide la correcta comprensión e interpretación de las motivaciones más profundas que han llevado a la humanidad a producir una auténtica catarata de manifestaciones perceptibles a los sentidos. Resulta bastante preocupante comprobar cómo las generaciones de jóvenes investigadores (hablo incluso de niveles de doctorado) desconocen las claves culturales religiosas más elementales para hacer un simple comentario de un texto del siglo XVII o la catalogación de un retablo; pero igualmente terrible es que especialistas en la reflexión teológica no muestren interés en estar, no ya mínimamente al día en cine, literatura, exposiciones etc, sino en conocer sus raíces más hondas, como si se tratara de un mundo completamente ajeno a su especialidad.

Como tengo una cierta obsesión por tender puentes entre ambos mundos —que por otra parte constituyen las dos caras de una única realidad— y además mantengo una excelente sintonía con Pedro García Barreno, director de Arbor; desde que hiciéramos el número dedicado al Palacio Real de Madrid, no es extraño que haya sido posible la confección de las páginas que tenemos entre las manos. La labor del Dr. García Barreno al frente de Arbor ha sido impagable: a él se debe que la revista haya dado cabida a tantos temas y tantos mundos, y a él se deben también, como buen humanista que es casi renacentista, que el arte y la espiritualidad puedan tener un puesto destacado en los círculos de la investigación.

La confección del índice de este número ha sido tarea un tanto compleja, no tanto por la problemática que pueda encerrar el contenido,

que, sin duda, es un tema a la vez sugerente y susceptible de ser abordado desde diversos matices e interpretaciones, sino por la amplitud de la materia que vamos a abordar. En primer lugar, había que comenzar por la fundamentación teórica, tanto filosófica como teológica, de los dos términos que titulan este monográfico: arte y espiritualidad. El doctor Juan Martín Velasco se ha hecho cargo del artículo, La noción de espiritualidad en la situación contemporánea, que comentaré más adelante, y el doctor Miguel García-Baró ha realizado, Esbozo de una estética.

El doctor García-Baró, con el rigor y la precisión que le son característicos, ofrece una meditación de muy hondo calado sobre los presupuestos de la estética y el arte, y sobre su ubicación en la totalidad de la experiencia y de la realización antropológica que procede del abismo del Misterio, al que en último término conduce. Liberado de cualquier servidumbre de erudición, su reflexión estimula el pensamiento —es un artículo que da mucho que pensar y que recomiendo leer varias veces—, a la vez que produce una inquietud y un cierto desasosiego metafísico, sin embargo, son unas páginas que consuelan, porque evoca, desvelándolas poco a poco, las raíces que nos configuran a todos. La excelente formación del profesor García-Baró, al que tengo la suerte de conocer hace muchos años, le ha permitido recorrer en profundidad toda la filosofía —sus libros sobre el pensamiento fenomenológico y sus traducciones de Husserl y Pannenberg así lo demuestran—, por eso, puedo afirmar que su Esbozo de una estética es una auténtica lección de filosofía que va más allá de cualquier pragmatismo utilitarista, ya que termina mostrando su verdadera utilidad, sugiriendo perspectivas pedagógicas con referencias, incluso, al mundo de la adolescencia (es autor del libro de texto de filosofía para enseñanza media junto con el Dr. García Norro), que reivindican la educación de la sensibilidad como primer paso para comprender el Misterio de la realidad.

Seguidamente, era ineludible, desde mi punto de vista, dedicar un espacio a la Biblia como fuente de espiritualidad para los creyentes de todos los tiempos y como indiscutible obra cumbre desde el punto de vista literario, artístico y religioso. El artículo lo ha escrito el doctor Julio Trebolle Barrera bajo el título, Iconografía y poesía en la Biblia. El profesor Trebolle, además de una consolidada y no por todos conocida faceta de virtuoso de la música, es un prestigioso investigador de la Biblia, particularmente, de las tradiciones veterotestamentarias. Conviene destacar desde el principio que, cosa nada frecuente, el doctor Trebolle ha sido capaz de romper el círculo maldito que habitualmente segrega a los estudiosos de la Biblia del común de los mortales, logrando

hacerse entender por buena parte del gran público culto con algunas investigaciones que corroboran lo que acabo de afirmar, y con su dilatada presencia en las estanterías de libros de las grandes superficies: me refiero, concretamente, a su estudio sobre textos de Qumrán en colaboración con el profesor doctor don Florentino García Martínez y, sobre todo, a su espléndida obra, La Biblia judía y la Biblia cristiana. Cuando entré en contacto con el doctor Trebolle para solicitarle su colaboración en este número de Arbor, le sugerí, en principio, una reflexión que aunara sus conocimientos bíblicos con su práctica musical. Fue él quien reorientó mi petición inicial, proponiéndome desarrollar el tema que tienen los lectores en sus manos y que constituye, sin caer en retóricas adulatorias, un verdadero privilegio, porque se trata de una perspectiva absolutamente inédita, ya que hasta el presente sólo él ha investigado la relación intrínseca entre iconografía y Biblia. Su trabajo es un magnífico paseo por los Salmos, las religiones del creciente fértil, los repertorios de textos e imágenes del Antiguo Testamento y los ecos que se dejan sentir en poetas de todos los tiempos.

Las variadas e innumerables manifestaciones artísticas donde las huellas de espiritualidad —o la ausencia explícita de la misma— se vislumbran de forma palpable, se han agrupado en cuatro artículos que se ocupan de música, literatura, arquitectura, escultura y pintura, y cine, teniendo en cuenta que los autores lo han abordado centrándose en un periodo concreto y seleccionado algunas obras. Ismael Fernández de la Cuesta ha escrito, Contemplación espiritual de la música en el mundo antiguo; José Antonio Carro Celada, Poesía actual en clave de espiritualidad. Calas sobre la luz; José Luis Valverde, Castilla: espiritualidad a través del arte; y Eduardo Torres-Dulce, La huella del espíritu en el mundo de la imagen: más allá del cine religioso.

El resultado ha sido, a mi juicio, excelente, porque ha habido una alternancia entre mundo antiguo y contemporáneo, poniéndose, además, de manifiesto, que todas las expresiones artísticas están indefectiblemente conectadas: un libro conduce a una pieza musical; una película es un compendio de música, literatura y filosofía; la contemplación de un edificio o de un cuadro evoca narraciones y sonidos de la experiencia individual y colectiva; y un concierto llega al hondón de uno mismo interrogando sobre el sentido. Por todo ello, no puedo y ni debo comentar minuciosamente los artículos, porque frustraría al lector el placer de descubrirlos por sí mismo, pero sí voy a esbozar unas pinceladas sobre la personalidad de los autores y el por qué de sus trabajos.

El doctor don Ismael Fernández de la Cuesta se ha encargado de las páginas dedicadas a la música con un artículo en cuyo título ya se perciben los compases musicales. Cuando hace algunos años asistimos en España a una súbita explosión del canto gregoriano que rozó casi los límites de una moda —fue excepcional que una producción de estas características lograra entrar en la lista de superventas—, pocos, probablemente, sabían que detrás de ese mundo tan apasionante se encontraba el trabajo paciente y callado del doctor Fernández de la Cuesta, que intentaba hacer cercana y comprensible la música gregoriana como expresión cantada del culto y de la oración. Los que sí lo supimos, hicimos, entonces, un hueco en la memoria, y cuando se planteó este número de Arbor, me pareció una buena ocasión contar con su aportación. Su pasión por el canto gregoriano le llevó a fundar en el año 1994 un coro que lleva su nombre y que realiza giras por España, México, Estados Unidos, Italia, Australia, etc. Además de esta encomiable dedicación, también enseña musicología, historia de la música, canto gregoriano y música medieval en general, destacando, asimismo, libros, artículos y monografías que versan sobre todas las materias mencionadas. La Contemplación espiritual de la música en el mundo antiguo es una excelente exposición que pone de manifiesto la relación intrínseca entre música y espiritualidad circunscrita al mundo antiguo y medieval. Partiendo de la idea platónica de la existencia de la música universal o cósmica materializada en el mundo de los cuerpos terrestres, concluye que el cristianismo ha dado a la música un valor espiritual, precisamente por considerarla trasunta de la actividad de los bienaventurados y de los coros de ángeles en el cielo. Por eso, la música se define como la manifestación de un sentimiento profundo que supera el significado de las palabras; por eso los grandes místicos cristianos han encontrado en la música el éxtasis y la han considerado vehículo para la contemplación divina; por eso, en definitiva, el desarrollo de las formas musicales va enriqueciendo y perfeccionando paulatinamente los poemas bíblicos recitados por los salmistas y los maestros cantores.

Don José Antonio Carro Celada ha construido un artículo en el que no sólo ha expresado la presencia/ausencia de la espiritualidad en la poesía española contemporánea, sino que, como escritor que es, ha hecho, también, una creación poética de gran calidad. Las páginas del señor Carro Celada ponen de relieve la influencia del concepto de la luz en San Juan de la Cruz en los poetas de postguerra. Cuando hablamos de las líneas generales de este artículo, me pareció muy acertado este enfoque, porque más que hablar del concepto de espiritualidad a través de diferentes periodos y en distintos géneros literarios, que

*podía resultar quizá algo monótono, parecía más sugerente analizar textos cercanos en el tiempo al hombre de hoy, desvelando su radical dependencia de poetas del pasado y, de este modo, estas «calas de la luz» de Rosales, Panero, Valverde, García Nieto, Hidalgo, Gaos, Blas de Otero, Bousoño, Claudio Rodríguez, José Angel Valente, Gimferrer, Villena, Carvajal y Colinas, entre otros, ya estaban, de alguna manera, prefigurados en el poeta más universal de todos los tiempos. Don José Antonio Carro Celada nos regala esta evocación poética, no sólo desde su alma de poeta (cuenta en su haber con varios premios de poesía), sino también desde su vocación periodística que ejerce desde hace años (el periodismo de la vieja escuela que titula, comunica, informa y sugiere con precisión y objetividad) como director de la revista *Ecclesia* y colaborador en diferentes medios de prensa escrita, y desde su otra vocación, la pedagógica, como profesor que ha sido de literatura durante mucho tiempo.*

Don José Luis Valverde Merino, aparte de ser un excelente amigo, es conservador del Patrimonio Nacional, donde se encarga del Real Sitio de Aranjuez y de las colecciones de instrumentos musicales y textiles litúrgicos, pero, sobre todo, es un hombre con alma castellana. Oriundo de Palencia capital, estudió en Valladolid, trabajó durante un tiempo en Zamora y también tiene profundas raíces familiares y emocionales en Salamanca. Su trayectoria vital junto con la realización del inventario del patrimonio histórico de la diócesis de Palencia, la participación en las tareas de catalogación del proyecto de Castilla-León «Edades del Hombre», y las investigaciones sobre la abadía de Benevívere en Carrión de los Condes o de la iglesia de San Pedro en Frómista, no me hicieron dudar a la hora de encomendarle la redacción de un tema que reúne arte, música, paisaje, gentes, tradiciones populares, religiosidad, etc, y que él conoce perfectamente. El señor Valverde presenta el arte de Castilla de una manera muy sugerente, porque en lugar de hacer una mera ruta artística citando edificios y obras, nos propone un itinerario que recorre las diferentes edades de la vida espiritual castellana, destacando, en cada una de ellas, la expresión plástica concreta: es una catequesis en imágenes que rememora las iglesias visigóticas del siglo VII, los templos románicos, las catedrales góticas, la evolución de los retablos, la pintura renacentista, la imagería barroca, el academicismo del XVIII y la piedad del siglo XIX. El trabajo no ha sido solamente el resultado de una minuciosa exposición de conocimientos —que lo es con muy buen aparato crítico—, sino, como él mismo me dijo, la sistematización de las raíces de su vida. Finalmente, y como buen conservador de museos, hace un balance sobre la situación actual

del Patrimonio artístico de Castilla-León, con propuestas concretas para su conservación y divulgación, que muy bien pueden hacerse extensibles a otros lugares.

Don Eduardo Torres-Dulce ha elaborado un artículo sobre las huellas de la espiritualidad en el cine, alejado de cualquier planteamiento convencional, porque en lugar de ir analizando cronológicamente las etapas fundamentales del cine religioso y de detenerse en películas conocidas por todos desde la infancia, presenta la dimensión espiritual en la gran pantalla desde las diversas ópticas de los cineastas, tanto en la forma de abordar los guiones, como en la manera de ponerse tras la cámara y dirigir a los actores. El autor demuestra un vasto conocimiento del mundo del cine, que relaciona intrínsecamente con la literatura y la pintura (las referencias a los cantares de gesta, Faulkner, Altamira o la pintura barroca así lo confirma), al ir desgranando la filmografía de muy variados directores como Rosellini, Hitchcock, Attenborough o las últimas tecnologías de Matrix y El señor se los anillos, pero, sobre todo, detiene la cámara en Ford y Dreyer como cineastas creyentes que han abordado el cine religioso desde distintos puntos de vista, y que representan una ineludible referencia para los creadores de los años 60 en adelante. Leyendo el artículo del señor Torres-Dulce se nota el amor tan hondo que siente por el mundo de la imagen, un amor que proviene de la afición —profesionalmente su dedicación se centra en el mundo judicial— y que le ha convertido en una auténtica autoridad en la materia, como lo confirma su labor como crítico de cine en varias revistas especializadas y, sobre todo, en sus acertadas intervenciones desde hace más de seis años en el programa de la dos de Televisión Española, «Qué grande es el cine». En su libro, «Armas, mujeres y relojes suizos», Eduardo Torres-Dulce cuenta en su introducción que esta obra nació, precisamente, poco tiempo después de la muerte de su padre, y dice textualmente, «En una situación de soledad y de páramo sentimental, mi vida se agarró como en otras ocasiones semejantes al ancla del cine. Me dio por pensar en tantos momentos de imágenes, frases de diálogos, planos y secuencias, personajes, actores y actrices, momentos emocionales de puesta en escena que me conmovieron, que me emocionaron, que me conmueven y me emocionan una y otra vez cuando los vuelvo a ver o cuando los evoco y recuerdo»: creo que es una magnífica definición de la comprensión y vivencia del cine en clave de espiritualidad.

Siempre me acordaré de una anécdota ocurrida en 1988, cuando realizaba un curso de doctorado con el recordado doctor Cepeda Adán. Contaba don José, que cada vez que una alumna iba a pedirle un

tema de tesina o de tesis, él siempre le sugería que abordara algo relacionado con la mujer; la mayor parte de las veces, la citada alumna, con un gesto de contrariedad, decía: pero don José, ¿es que yo no sirvo para investigar temas serios? Esto es lo que nos pasa muchas veces a las mujeres, que tenemos compartimentos estancos en nuestra vida profesional: por una parte, están los asuntos considerados intelectualmente importantes y, por otro, los temas relacionados con el género, que casi siempre trabajamos con complejo temiendo, no sin razón, las miradas condescendientes masculinas. Por eso, me parecía imprescindible incluir un artículo que planteara los rasgos de la experiencia espiritual de las mujeres, exponiendo la forma o formas en que ésta ha sido expresada, porque bien es sabido que las huellas religiosas femeninas han sido proscritas cuando no borradas. Evidentemente, esto suponía hacer un planteamiento sobre la relación de las mujeres con las artes. Esto es exactamente lo que ha hecho la doctora Elizondo Aragón en su Expresión de la fe en femenino: abordar el tema sin complejos, pero con un gran sentido común; sabiendo que existe todavía un gran camino por recorrer; pero incorporando la crítica y los avances habidos desde hace más de cuarenta años. Es particularmente de agradecer el que, ante las muchas opciones posibles, haya elegido el estudio del periodo medieval por la extraordinaria importancia que tuvieron en él mujeres que presenta. La doctora Elizondo es mujer que se ha atrevido en su tesis doctoral con Santo Tomás de Aquino, es una de las pocas voces femeninas que se dejan oír en los claustros de las facultades de teología, y es una de las personas que más ha trabajado los temas mujer-Iglesia, mujeres y religión, teología feminista etc, en la docencia, en la dirección de seminarios especializados como uno del Instituto Fe y Secularidad que alcanzó cierta resonancia, así como diversas publicaciones. Por último, pienso que a los lectores les puede agradar saber que la doctora Elizondo desarrolla toda esta importante actividad vinculada a la Institución Teresiana que, fundada por el ya santo Pedro Poveda, siempre tuvo como objetivo prioritario el acceso de las mujeres a la educación, especialmente a la Universidad, lo que convirtió al fundador en un pionero. Quede este sencillo apunte como homenaje en el año de su canonización.

Dos palabras para presentar mi propio estudio, La Navidad: un camino iniciático desde el arte al espíritu. Desde hace ya bastantes años dedico parte de mi investigación al mundo espiritual y artístico que rodea la Navidad. Me pareció interesante ofrecer a los lectores de este número un amplio resumen de lo que va siendo el fruto de mi trabajo, que espero poder ver algún día en forma de libro. Pocos mo-

mentos como el ciclo navideño, para expresar la imbricación existente entre literatura, música, cine, pintura, escultura, artes suntuarias y la reflexión teológica y espiritual.

Finalmente, el doctor don Juan Martín Velasco ha reflexionado sobre los fundamentos teóricos de la espiritualidad en el artículo ya citado que titula, La noción de espiritualidad en la situación contemporánea. Es, sin duda, el «cantus firmus» de todos los trabajos que integran este número y, entre otras cosas, es una de las razones por las que me ha parecido más adecuado comentarlo al final de la introducción. El planteamiento del doctor Martín Velasco se caracteriza por la claridad y la precisión en la exposición de la noción de espiritualidad —siempre ha tenido la virtud de hacer comprensibles los conceptos más complejos y oscuros— hecha desde la perspectiva de nuestro tiempo, que desarrolla atendiendo tanto a la etimología como al uso que ha tenido en otros momentos. El empleo del término en nuestro mundo implica el análisis de la situación actual espiritual para encuadrar las corrientes de la nueva era y del humanismo laico, sin olvidar la especificidad de la espiritualidad cristiana y de otras espiritualidades religiosas. El artículo culmina con una propuesta que, a mi juicio, es alentadora y reconfortante para el hombre contemporáneo, porque trata de establecer una plataforma de diálogo entre las diferentes espiritualidades que, como afirma a modo de conclusión, «...no supone desconocer las peculiaridades de las espiritualidades religiosas y cristianas. Supone sólo superar las concepciones y las formas religiosas y cristianas de vivir la espiritualidad que suponía atribuir a las religiones o al cristianismo una especie de monopolio sobre la espiritualidad [...]. No condena a la reclusión a los aspectos más específicos de la propia identidad en el foro interno de las personas y sus conciencias [...]. invita, eso sí [...] a potenciar la dimensión relacional con los otros como forma y modo de construir y desarrollar la identidad personal». Las páginas del profesor Martín Velasco incorporan, prácticamente, todas las materias que tan abundantemente ha tratado a lo largo de su trayectoria profesional, como son la fenomenología de la religión, el fenómeno místico, el diálogo intrarreligioso, la historia de las religiones, la religión en nuestro mundo o el encuentro con Dios, presentes en sus clases y en sus numerosas publicaciones.

La otra razón por la que el comentario de este artículo ocupa el último lugar de la lista de autores presentados, aparte del mencionado carácter de hilo conductor, es porque se da la circunstancia de que el curso 2003-2004 será el último en el que el profesor Martín Velasco ejerza como docente. Aunque como todos los que le conocen saben que

él es especialmente alérgico a este tipo de cosas, los que durante muchos años nos hemos beneficiado de su amistad y de su magisterio, sentimos una gran satisfacción —este es desde luego mi caso— en poder manifestar, de una manera sencilla, nuestro homenaje de gratitud y de reconocimiento, teniendo, como es el caso, la oportunidad de hacerlo desde unas páginas tan prestigiosas como las de la revista Arbor.

Asimismo, quiero agradecer a Jesús Mayo el excelente trabajo que ha realizado al digitalizar todas las ilustraciones de los artículos, a Elena Moreno por sus constantes muestras de cariño y de ánimo que son siempre una inyección de aliento para seguir pensando en este tipo de trabajos, y a Elena González de Rueda, secretaria de redacción de Arbor, por la amistad, por el trato tan magnífico que me dispensa y por el exquisito cuidado que pone siempre en la elaboración de cada número.

8 de junio de 2003
Domingo de Pentecostés
M^a Leticia Sánchez Hernández